

## A DIEZ AÑOS DE LA GUERRA DE LOS SEIS DIAS

Es interesante hacer un balance del desarrollo del conflicto de Oriente Medio al llegar al aniversario de los años transcurridos desde que los árabes sufrieron la tremenda derrota que les causó un serio trauma, porque, a pesar de ello, Israel no ha conseguido sus aspiraciones maximalistas ni congelar el problema palestino en el nivel por ella deseado de un simple problema de refugiados árabes. Durante esos años han sucedido hechos muy importantes que han llevado a un cambio de actitud a su principal valedor, Estados Unidos, y también a un cambio de actitud de los Estados árabes más importantes respecto a la gran potencia norteamericana. En ello han tenido parte destacada el presidente Anuar as Sadat de Egipto, el presidente sirio Hafed al Asad y el rey Faisal de Arabia Saudita, primero, y luego su sucesor, el rey Jaled, y el príncipe heredero, Fahed. Punto capital en el impulso a la solución del problema fue la guerra de octubre de 1973 y la dependencia creciente de los Estados Unidos del petróleo árabe.

En un artículo anterior, publicado en la revista *Ejército*, y que me permito reproducir, decía yo lo siguiente:

«El balance de la guerra ha resultado magnífico para los israelitas desde el punto de vista militar. En unos pocos días han aumentado considerablemente su territorio y han obtenido unas fronteras más agudas. Lo que no han conseguido es hacer desaparecer a los árabes y por tanto las reivindicaciones de éstos, ahora mayores, pero ciertamente no han podido hacer más porque es imposible. La reunificación de la ciudad santa les llena de orgullo y satisface sus más queridas aspiraciones, pero no han quitado la sombra de su incierto porvenir, tenso y en situación de eterna defensiva. A pesar de su brillante y aplastante victoria.»

Así ha sido. En ese momento eufórico, se llenaron de orgullo, como digo, y redoblaron su intransigencia. Su eficiencia en el campo de batalla les hizo aumentar su desprecio hacia sus enemigos. El mundo occidental estaba de su parte, salvo excepciones, como España, y también Francia, que había variado su postura al acabar también con el problema argelino, último motivo de fricción con el mundo árabe.

El general De Gaulle expresó clara su condena, con palabras y con actos, reflejados éstos en el embargo de armamentos y piezas de repuestos para los famosos aviones *Mirage*, arma principal en la victoria israelí.

Los países socialistas fueron los más radicales, pues todos, excepto Rumania, rompieron sus relaciones diplomáticas con Israel, y el propio Kosigyn comparó, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, la táctica del Estado sionista, en los territorios ocupados, con la de Hitler, y terminaba su acusación con estas apocalípticas palabras:

«Que el gobierno de Israel no se haga ilusiones. Israel será declarada responsable de los actos criminales que está cometiendo»<sup>1</sup>.

Su proposición fue que Israel debía retirar inmediatamente sus tropas de los territorios árabes ocupados para impedir que se reanudaran las hostilidades y quedara amenazada la paz del mundo. Acusó también a los Estados Unidos de apoyar a Israel y pidió que la ONU condenara a este Estado su agresión, le obligara a la retirada de sus tropas y a compensar a los países árabes por los daños ocasionados.

Claro que, como dijeron comentaristas de política internacional de la época, en estas acusaciones soviéticas había mucho de retórica verbal y de compensación por su falta de ayuda en la citada guerra que hubiera disuadido a Israel de lanzar su ataque por sorpresa o habría ayudado a los árabes a no sufrir una derrota tan humillante. El mismo primer ministro chino, Chu En Lai, declaró: «La Unión Soviética ha traicionado al mundo árabe durante la guerra de Oriente Medio para atraerse la amistad de los Estados Unidos»<sup>2</sup>. Esto, a la vista de lo sucedido posteriormente, puede que no se adapte a la realidad, pero el sentimiento de no haber sido apoyados por la URSS como debían es algo de lo que posteriormente se han lamentado los árabes, y particularmente los egipcios, muy amargamente.

En el conjunto de los países occidentales, como digo, con excepción de España, que en la ONU, por boca de su representante, Manuel Aznar, proclamó la amistad con los árabes y pidió la retirada israelí, los medios de información echaron las campanas a vuelo sin excepción, pues en Francia la condena de la apertura de hostilidades por Israel y la postura de su gobierno de no admitir cambios territoriales debidos a la acción militar fue principalmente obra de su presidente, el general De Gaulle, pero la mayoría de su prensa, radio, televisión y abundantes

<sup>1</sup> Sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas el día 19 de junio de 1967.

<sup>2</sup> *Diario del pueblo*, Pekín, 26 de junio de 1967. Reproducido por Leandro Rubio García, *Fuerzas mundiales y desorden regional en el cercano Oriente*, *Revista de Política Internacional*, núm. 92, julio-agosto 1967, p. 86. ...

libros siguieron la corriente dicha del resto del mundo occidental. En todos ellos surgía la imagen de David y Goliat y se ensalzaba la maravilla de la táctica israelí, el arrojo de sus soldados y la decisión de sus políticos. Israel era la ciudadela de la civilización occidental frente a la amenaza de Naser, a quien se presentaba como enemigo, no sólo de los judíos sino de todo el Occidente. De los árabes, apenas se publicó información que no fuera para denigrarles y ninguna justificación para su lucha reivindicatoria. La idea, expresada en los citados medios de información, era que quisieron aplastar a un pequeño y valiente pueblo que tenía derecho a la vida en el que fue su solar histórico, la tierra que les fue prometida por Dios, y salieron con el rabo entre piernas, humillados y derrotados. La realidad, vista con ojos objetivos, es que el David correspondía más bien a los árabes, aunque sin salir vencedores, y el Goliat a los israelíes, apoyados por todo el capital mundial, sus medios de información y las potentes y modernas armas norteamericanas. De los palestinos, expulsados de las tierras que habitaron durante miles de años—antes de la conquista de Palestina por el Islam y después— y de sus derechos nacionales, para nada se habló, a pesar de que volvieron a salir de su tierra por cientos de miles y se demolieron sus casas, y que los que quedaron lo hicieron sin apenas derechos de ordinario ciudadano y sometidos al temor.

En lo que se refiere a los israelíes, su euforia, con vistas al porvenir, era radiante. Moshe Dayan, el héroe del momento, dijo que la primera generación había alcanzado las fronteras de 1947, la segunda había avanzado éstas a los Altos de Golán, a la orilla occidental del Jordán y al canal de Suez, consiguiendo la anhelada reunificación de la ciudad santa de Jerusalén. La tercera, la que venía tras la suya, era la encargada de alcanzar límites aún más lejanos. Supongo que con estos límites querría señalar los de la consigna famosa, definidora de la *Tierra Prometida*: del Nilo al Eufrates.

Esta era la situación mundial al terminar la guerra de 1967, ante la cual los desgraciados árabes no tenían otro recurso que superar su desánimo y desmoralización, comenzando inmediatamente su paciente labor de restaurar sus destrozadas fuerzas. Al mismo tiempo se imponía ante ellos la tarea de exponer la razón de sus causas a las naciones occidentales, las más fuertes y las únicas que podían ejercer presión sobre Israel, si no por la justicia de su causa sí por su propio interés.

Desde el instante en que Naser, el día 10 de junio, casi a un tiempo que el Consejo de Seguridad da una nueva orden de alto el fuego a sirios e israelíes, comparece, por televisión, ante su pueblo para anun-

ciar su dimisión, que, tras el clamor de aquél, tiene que retirar las instancias árabes ante los organismos internacionales y las grandes potencias, reclamando la devolución de los territorios ocupados y el reconocimiento de los derechos inalienables del pueblo palestino a su patria ocupada, han sido constantes y se han estrellado una y otra vez ante el muro de la incompreensión y la intransigencia israelí. Ha tenido que producirse, al fin, una acción armada en regla y de un modo coordinado por parte de las dos potencias militares más fuertes del mundo árabe y con territorios propios ocupados y en la que han participado fuerzas de la mayoría de los países árabes con un éxito que, aunque limitado, ha producido una tremenda y dolorosa sorpresa a sus enemigos y a los amigos de éstos, para que se hayan abierto los oídos y se hayan comenzado a dar los primeros pasos: los de la política *paso a paso* de Kissinger y Anuar as Sadat<sup>3</sup>. Es indudable que en este impulso a abrir los oídos y a iniciar una penosa marcha negociadora—la de la famosa solución pacífica—ha contribuido la acción restrictiva de los países árabes productores de petróleo a suministrar éste y el temor a una excesiva subida en los precios usada como arma de regateo, principalmente por Arabia Saudita y la Federación de Emiratos en una estrategia coordinada con Egipto y Siria.

No han sido, a pesar de esta arma, fáciles las cosas para los árabes, ni lo son aún, pues la táctica judía de ganar tiempo, aprovechando las diferencias árabes y sembrando éstas cuando le ha sido posible y contando con la ayuda incondicional norteamericana, ha continuado tenaz y sostenida hasta el momento actual. En realidad es el temor de que el enemigo se haga demasiado fuerte y pueda atentar con éxito a su supervivencia. Por eso su mira, desde un principio, ha estado dirigida a ensancharse y llenar los territorios conquistados con nuevos inmigrantes, principalmente los tres millones que viven en la URSS, para lo que cuenta con la fuerza del *lobby* judío en Estados Unidos, haciendo que esta nación ponga, entre sus condiciones para suministrar grano a la URSS, cuando las cosechas han sido malas, la de permitir la emigración a Israel. Es continua la creación de nuevos asentamientos judíos en los territorios ocupados del Golán y la Cisjordania, aun en el mismo momento actual, que producen continuas protestas de la población árabe en Israel y causan muertos y heridos entre los que, con toda razón, se echan a la calle para protestar de ese ininterrumpido despojo. Pero esto, que antes pasaba casi inadvertido al mundo occidental, ahora aparece en la televisión de todos sus países. Lo

<sup>3</sup> E. FRADE: *La política paso a paso de Anuar as Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 143, enero-febrero, 1976, p. 71.

mismo, en Israel ya no se mantiene la afirmación de Golda Meir de que el pueblo palestino no existe, siendo tan sólo un puñado de terroristas árabes, sino que por sus mismos dirigentes en el poder se habla de la entidad palestina, mientras los representantes de su partido comunista se entrevistan con miembros de la OLP, antes en París y ahora recientemente en Praga. Carter, asimismo, explícitamente ha reconocido la existencia del pueblo palestino y la necesidad de que tenga un estado propio, y el secretario del Foreign Office de la nación, que, en 1919, por boca de su entonces secretario del mismo departamento puso la base del estado israelí con su famosa declaración del Hogar Judío, se lanza en El Cairo a hacer otra declaración del mismo signo para los que entonces eran dueños del país:

«El mundo reconoce actualmente que la creación de un hogar para los palestinos constituye uno de los elementos esenciales para arreglar la crisis de Oriente Próximo»<sup>1</sup>.

Claro que la declaración actual varía en que Inglaterra no tiene ahora el poder del mandato que la Sociedad de Naciones le otorgó poco después de la famosa declaración anterior y que permitió a los judíos su masiva entrada.

Se ve ahora más próximo un arreglo del conflicto. La mayoría de los árabes parece quererlo para dedicarse íntegramente a la tarea de desarrollar sus países, pero no quedando los palestinos insatisfechos. Los países occidentales lo desean de un modo ardiente, y también los del Tercer Mundo, porque los recursos petrolíferos y el dinero engendrado por éstos puede dedicarse a otras tareas que no sean la guerra en un verdadero y fructífero diálogo norte-sur, en el que los árabes están muy interesados. Los países socialistas parece que también están dispuestos a que se reanude la conferencia de Ginebra, y sólo los palestinos del Frente de rechazo y los estados árabes que le apoyan no se muestran conformes con la solución pacífica, ni Israel, que desea negociaciones por separado con los estados árabes de los que tiene ocupados territorios, y previo reconocimiento de su estado, y por supuesto si se llegara a esas negociaciones no aceptaría la participación de los palestinos como entidad independiente propia, sino que todo lo más englobada en una delegación árabe conjunta o cuando más en una jordana.

Aquí está la labor de los Estados Unidos, que, en realidad, han querido llevarla a cabo desde que terminó la guerra que conmemoramos, pues ya en ella se encontraron con una amenaza a su posición estratégica en Oriente Medio y Norte de Africa y con represalias por

<sup>1</sup> *La tournée de M. Owen, Le Progress égyptien, 28 abril 1977, p. 1.*

parte de los estados petrolíferos. El día 6 de junio, Irak y Argelia suspendieron sus envíos de petróleo a Estados Unidos e Inglaterra, y el día 7 lo hicieron Libia y Arabia Saudita, y la primera ordenó además cerrar las bases norteamericanas y pidió se retiraran sus tropas.

La sensación general en Occidente era que la guerra no había arreglado nada y había hecho todo más difícil, como expresó el ministro de Asuntos Exteriores francés, Couve de Murville, en la sesión de la Asamblea General de la ONU el día 22 de junio, y ciertamente que para los árabes así era, pues ahora lo más que podía esperar era que se le devolviera lo que el enemigo había conquistado, cosa que sería difícil, pues Israel siempre espejearía su seguridad y el temor a un nuevo ataque de los árabes para no devolver las zonas estratégicas que juzgara absolutamente necesarias para su seguridad, y en esto le apoyarían siempre los Estados Unidos.

Las discusiones y forcejeos en la ONU siguieron hasta llegar a la famosa resolución del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967, que repetiremos una vez más en síntesis. Esta exhortaba a Israel a abandonar los territorios conquistados y ambos beligerantes a que cesaran en sus manifestaciones de beligerancia. Se instaba, asimismo, a todos los estados de la zona a reconocer la soberanía e independencia a cada uno de ellos, estableciendo fronteras seguras y reconocidas. El arreglo pacífico a que se debería llegar debía comportar también la libertad de navegación por aguas internacionales—se refiere al paso por el canal de Suez y el estrecho de Tirán—y a la solución definitiva y justa de los refugiados. Por último se debía garantizar la seguridad de cada estado creando zonas desmilitarizadas.

Esta resolución no sólo fue rechazada por los estados árabes más intransigentes, como Siria, Irak, y por supuesto por las organizaciones palestinas, sino también por Israel, a pesar de que aseguraba su supervivencia como estado y le garantizaba el uso de las vías de navegación citadas. Asimismo hubo la famosa diferencia de interpretación, según se tomara la versión francesa o inglesa, referente a la obligación de Israel de abandonar todos los territorios ocupados o sólo parte de éstos, que es lo único que el estado sionista acepta. Más adelante fue aceptado por Siria, como base de negociación, pero no por los palestinos apoyados por Irak y Libia. Esto implica la posibilidad del reconocimiento por Siria y Egipto de Israel como estado y una posible coexistencia pacífica con el mismo, pero lo que no han aceptado ni lo aceptará nadie que estudie el problema de un modo objetivo es que no se tenga en cuenta en dicha resolución ni en la 338 los legítimos derechos de los palestinos a poseer una patria en su tierra ocupada, que ahora

ya no era sólo la totalidad de Palestina, sino que comprendía partes de Egipto y Siria. De unos 15.000 kilómetros cuadrados que poseía Israel antes de la guerra de 1967 había pasado después de ella a unos 50.000 kilómetros cuadrados, incluyendo en su espacio la ciudad de Jerusalén y puntos estratégicos tan importantes como los Altos de Golán, los famosos pasos de Mitla y Yidi y Charm ech Cheij y los dos fosos constituidos por el canal de Suez y el río Jordán. Además sus fronteras, ahora, son más cortas y más defendibles.

Al no conseguirse, tras el fin de las hostilidades, ni tan siquiera un armisticio, sino sólo el alto el fuego, los árabes hicieron lo que tenían a su alcance: una guerra de desgaste para mantener encendido el fuego sagrado de su reivindicación y para tener movilizadas las fuerzas israelíes. tan necesarios sus hombres en la vida económica del país. Con esto, además, llamaban la atención del resto del mundo hacia sus justas reivindicaciones. Se intensifica la acción guerrillera de los palestinos desde sus bases en Jordania, Egipto, Siria y Líbano, que no acaban de convencer del todo a ninguno de los gobiernos implicados por las terribles represalias que entrañan, particularmente a los más débiles, Jordania y Líbano. Ellos desearían que la acción se llevara a cabo desde el interior de la Palestina ocupada, pero esto es más difícil por la acción de las bien organizadas fuerzas y servicios especiales israelíes. Por eso también han de llamar constantemente la atención desde diversas partes del mundo occidental con acciones terroristas, principalmente secuestro de aviones, para que dicho mundo no olvide que existen unos desgraciados palestinos a los que se les niega todo, y en este marco se producen los primeros intentos de arreglo del problema por parte de Norteamérica. Son los famosos planes Rogers, en cuyo detalle no me extiendo, porque ya lo he hecho en un artículo dedicado al tema publicado en esta revista el pasado año<sup>5</sup>. También expliqué en dicho artículo que, a pesar de la aceptación por parte Naser de ambos planes, los dirigentes israelíes no aceptaban la retirada total de los territorios ocupados. No obstante, aceptaron en principio el plan B, que, en síntesis, proponía que Egipto e Israel aceptaran llevar a cabo la resolución 242 del Consejo de Seguridad y hacer que el propósito de las discusiones que se llevarían a cabo entre representantes de ambos países, bajo los auspicios del embajador nombrado por las Naciones Unidas, fuera el de llegar a un acuerdo para el establecimiento de una paz justa y duradera con reconocimiento de la soberanía, integridad territorial e independencia política de los estados de

---

<sup>5</sup> F. FRADE: *La política paso a paso de Anuar as Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 143, enero-febrero 1976, pp. 76-77.

la zona, con la subsiguiente retirada de Israel de los territorios ocupados. Esto era en julio de 1970 y se proponía que el alto el fuego se prolongara hasta el 1 de octubre, con objeto de facilitar al embajador de las Naciones Unidas su gestión en promover el acuerdo.

Es tontería pensar que éste se hubiera conseguido en los términos citados, en aquel momento en que Israel no pensaba que los árabes fueran capaces de hacer algo más que aquellas acciones de hostigamiento, incapaces, por sí, de forzar una decisión. Su sentimiento de superioridad y su pobre opinión de sus enemigos árabes se lo impedía. En su lugar estaba su objetivo de ganar tiempo y, mientras, traer la mayor cantidad de judíos de otros lugares del mundo, a los que se instalaría en nuevos asentamientos, situados en todos los lugares estratégicos importantes y construidos con arreglo a la técnica militar más moderna. En caso de guerra se convierten en posiciones defensivas y también en bases de operaciones para futuros avances si la ocasión es propicia.

Además, sucedió entonces un hecho importante: fue la muerte de Nasser, en el momento en que se encontraba ocupado en resolver las diferencias entre el rey Husain y el jefe de la OLP, Iaser Arafat, tras los tristes y trágicos sucesos del célebre *Septiembre Negro*.

Hemos explicado también en el citado artículo todas las vicisitudes de la política del *paso a paso*, que el sucesor de Rogers, Henry Kissinger, implantó en estrecha colaboración con los dirigentes árabes, especialmente con el nuevo presidente egipcio, Anuar as Sadat, y llegamos, por último, a la desaparición de Kissinger de la escena política internacional, al subir Jimmy Carter a la presidencia de su nación y al agotamiento de las posibilidades de la citada política del *paso a paso*. Es el momento en que todos piensan —la URSS, que nunca fue partidaria del *paso a paso*; Estados Unidos, Egipto, Siria y Arabia Saudita, como principales países árabes— que ha llegado la hora de reanudar la Conferencia de Ginebra para resolver la totalidad del problema, aunque Anuar as Sadat dijera que para que dicha conferencia estuviera madura era necesaria la devolución de los Altos del Golán a Siria<sup>6</sup>. Pero el presidente sirio, Hafed Al Asad, ha demostrado, a lo largo de todo su mandato, su realismo político y su dureza como negociador. El comprende que es prácticamente imposible eliminar al Estado judío, como desean los del *Frente de Rechazo*, y así accedió a retirar las tropas del Golán, en 1975; renovó después, en diciembre de 1976, el mandato a la fuerza de separación de las

<sup>6</sup> ANUAR AS SADAT: Discurso en la sesión inaugural de la Asamblea del Pueblo en noviembre de 1976.



Naciones Unidas, tras conseguir que los Estados Unidos aceptaran a los representantes de la OLP en el debate del Consejo de Seguridad para examinar la cuestión palestina, y ahora ha sido la voz ponderada y seria de los árabes, en Moscú primero y en la conversación con el presidente Carter en Ginebra, últimamente, el pasado mes de mayo. En este momento, la piedra de toque, en lo que se refiere a la citada conferencia, son los palestinos vis a vis de los israelíes. Por ambas partes hay empecinamiento de posiciones, y aun cuando a los palestinos les asista la razón, han de pensar si les conviene ceder algo para empezar a funcionar como Estado reconocido por todos, para lo cual Israel, inflexiblemente apoyado por los Estados Unidos, exige que también se le reconozca a él. Pero veamos, antes de examinar el momento presente, la evolución palestina, a partir de la fecha histórica de 1973 hasta llegar a este momento, en que la Administración Carter está mostrando un gran empeño en hacer que se llegue a un acuerdo en todos los problemas importantes que existen en el mundo, y a éste le dan una importancia primordial, porque tiene la doble vertiente: geopolítica, como marca fronteriza que es la región entre las dos superpotencias<sup>7</sup>, y geoeconómica, por estar en su subsuelo las reservas petrolíferas más importantes del mundo.

Si lo quisiéramos resumir, diríamos que se ha ido creando como un encandilamiento, cuyo primer mago ha sido Kissinger, con vistas a despertar el apetito de la negociación en los árabes. Aspirar a lograr, sin recurrir a la guerra, la devolución del Sinaí, la de los Altos del Golán y la orilla occidental del Jordán y franja de Gaza, con una gran obstrucción israelí para no ceder las zonas dichas en su totalidad, sino conservar *minor adjustments*, como dijo Carter, pero que respondan al concepto de *fronteras defendibles*, que incluirían puntos estratégicos importantes que prácticamente serían los señalados en el Plan Al-lon. Este plan, del que algunas ideas expresé en un artículo anterior dedicado a la cuestión palestina<sup>8</sup>, señala los límites defensivos que Israel debe mantener, cualquiera que sea el acuerdo que se intente llevar a cabo. En su parte occidental, la frontera dejaría dentro del territorio israelí una faja de la península del Sinaí que va desde al Arich a Charm ech Cheij, dejando dentro los poblados de Abu Agueila, Kuseima y Kunti-l-la, conocidos de los estudiosos de todas las campañas desarrolladas en la citada península.

<sup>7</sup> Cfr. F. FRADE: *Introducción a la geopolítica*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1969, p. 172.

<sup>8</sup> F. FRADE: *La cuestión palestina hoy*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 145, mayo-junio, 1976, p. 62, y también F. FRADE: «¿Hacia un acuerdo total en el conflicto árabe-israelí?», *Blanco y Negro*, 4 diciembre 1976, p. 49.

En la parte nordoriental quedarían en su poder los Altos del Golán, también de sobra conocidos, y en las zonas de la franja de Gaza y en Cisjordania se formaría a su alrededor un complicado cinturón defensivo —zonas de defensa estratégica las llama Al-lon—, que rodearía a dichas zonas, dejando un corredor de comunicación con Jordania, señalado por la dirección Ammán - Jericó - Ramal-lah.

Por supuesto, para los israelíes, en esta negociación no entrarían los palestinos como entidad independiente, sino, todo lo más, incluidos en una delegación jordana, pues para Israel el ideal sería que la entidad palestina se pusiera bajo el mando de Husain en forma de Estado federado, sin ceder ningún territorio.

Esto no lo aceptan los palestinos de ningún grupo, no sólo los del Frente de Rechazo, como recientemente declaró el jefe del departamento político de la OLP, Faruk Kaddumi, al semanario libanés *Monday Morning*, refiriéndose a su entrevista con el secretario general de las Naciones Unidas durante la visita de éste a Oriente Medio. El fijó cinco condiciones para asistir a la Conferencia de Ginebra:

1) Debe dirigirse a la OLP una invitación conjunta por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

2) Los palestinos participarán en los trabajos de la misma, desde el principio hasta el fin.

3) Los palestinos participarán en todas las actividades de la Conferencia.

4) No se considerará a la cuestión palestina como un tema separado en la agenda de la conferencia, negándose la OLP a asistir como simple testigo del conflicto árabe-israelí.

5) La participación de la resistencia palestina en la conferencia no debe hacerse tomando como base las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad, sino a la luz de la resolución 3236 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En otras palabras, los palestinos no asistirán sobre la base del reconocimiento previo de las fronteras de seguridad israelíes.

Esto último es natural, toda vez que la resolución 242, como hemos visto, y también la 338 se refieren a una solución al problema de los refugiados y no a los derechos del pueblo palestino. La resolución 3236 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, de 22 de noviembre de 1974, dice lo siguiente:

«La Asamblea General: Habiendo examinado la cuestión de Palestina; habiendo oído la declaración de la Organización para la Liberación de Palestina, representante del pueblo palestino; habien-

do oído también otras declaraciones hechas durante el debate; profundamente preocupada por el hecho de que no se haya encontrado todavía una solución justa al problema de Palestina y reconociendo que el problema de Palestina sigue haciendo peligrar la paz y la seguridad internacionales; reconociendo que el pueblo palestino tiene derecho a la libre determinación, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, expresando su grave preocupación por el hecho de que se haya impedido al pueblo palestino disfrutar sus derechos inalienables, en particular su derecho a la libre determinación, guiada por los propósitos y principios de la Carta, y recordando sus resoluciones pertinentes, que afirman el derecho del pueblo palestino a la libre determinación,

1. Reafirma los derechos inalienables del pueblo palestino, que incluyen:

- a) El derecho a la libre determinación, sin injerencia del exterior.
- b) El derecho a la independencia y a la soberanía nacionales.

2. Reafirma también el inalienable derecho de los palestinos a regresar a sus hogares y sus propiedades, de los que han sido desalojados y desarraigados, y pide su regreso.

3. Destaca que el pleno respeto a esos derechos inalienables del pueblo palestino y realización son indispensables para la solución de la cuestión palestina.

4. Reconoce que el pueblo palestino es una parte principal en el establecimiento de una paz justa y duradera en Oriente Medio.

5. Reconoce además el derecho del pueblo a recuperar sus derechos por todos los medios, de conformidad con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas.

6. Apela a todos los estados y organizaciones internacionales para que presten su apoyo al pueblo palestino en su lucha por que se restablezcan sus derechos de conformidad con la Carta.

7. Pide al secretario general que establezca contacto con la Organización de Liberación de Palestina.

8. Pide al secretario general que informe a la Asamblea General, en su trigésimo período de sesiones, acerca de la aplicación de la presente resolución.

9. Decide incluir el tema titulado «Cuestión de Palestina» en el programa provisional de su trigésimo período de sesiones.»

Esta resolución fue realmente un triunfo para la causa palestina y para los árabes en general, votada en contra o absteniéndose las principales naciones occidentales, excepto España, y es por eso por

lo que la OLP prefiere que su causa se vea en las Naciones Unidas que en la Conferencia de Ginebra, de la que no espera nada, por considerarla una artimaña de los Estados Unidos e Israel para servir el objetivo dicho de ganar tiempo. Al contrario de Israel, como muy ciertamente lo manifestó Igal Al-lon antes de la llegada a Jerusalén de Kurt Waldheim, en visita oficial, al manifestar que Israel no dejaría que las Naciones Unidas tuvieran ningún papel en cualquier negociación para resolver el conflicto de Oriente Medio. En esa apreciación árabe de que Israel sólo desea ganar tiempo hay muchos comentaristas que piensan que la idea de este Estado es esperar a que el petróleo se agote o no tenga el papel que ahora tiene como fuente de energía y haya perdido su valor como arma de presión. Pero esta misma consideración hace también que el momento actual sea oportuno para los árabes con vistas a entablar una negociación y hacer que los palestinos tengan un Estado que, aunque pequeño, será suyo y será apoyado por 20 naciones árabes, en dinero y armas, sin verse obligados a la condición de hermanos pobres, molestos, que perturbaban la vida interior de los países en los que se encuentran refugiados, como fue el caso de Jordania primero y de Líbano después, y que les ha privado de sus bases para operar en el interior de Israel por medio de incursiones de comandos. Podría constituir además un primer paso hacia el Estado laico y democrático con el que sueñan, en el que tengan cabida, con igualdad de derechos, musulmanes, judíos y cristianos.

Haciendo una estimación en el cambio de la situación mundial respecto a los árabes en general y los palestinos en particular, podemos decir que se ha ido produciendo una mayor comprensión en el mundo occidental hacia los derechos de ambos y una casi total ruptura del Africa Negra con Israel, derivadas principalmente de la presión del arma petrolífera, sin menospreciar los incesantes esfuerzos de los jefes de Estado árabes. Una creciente mayor influencia de Norteamérica, en relación con la superpotencia rival, por el convencimiento de los principales países árabes de que es la única que puede influir decisivamente sobre Israel para que ceda en su intransigencia. Respecto a los palestinos, en particular, se puede decir que ha aumentado paulatinamente el reconocimiento árabe—aceptación de la OLP como único representante del pueblo palestino por el rey Husain, admisión como miembro con pleno derecho en la Liga Árabe, etcétera—y, por supuesto, el reconocimiento internacional—aceptación como observador en las Naciones Unidas, reconocimiento por ésta de que el sionismo es una forma de racismo, la citada resolución 3236

y apertura de oficinas de la OLP en casi todos los países occidentales—, pero ha disminuido su libertad de acción para hostigar a Israel enormemente—privación de sus bases en Jordania primero, y recientemente, en Líbano—.

Un cambio grande ha sido el realizado por la Administración norteamericana, aunque muchos palestinos no lo reconozcan, teniendo en cuenta la tremenda influencia de la minoría judía en los asuntos de dicho país y que Israel le es absolutamente adicto en su competición con la URSS. Inmediatamente de hacerse cargo Carter de la presidencia de los Estados Unidos puso en el primer plano de sus preocupaciones el llegar a una solución en el conflicto de Oriente Medio. No era nada fuera de lo normal, y también la tuvieron las anteriores administraciones, dada la dramática importancia que esta región mundial había adquirido en lo que respecta a las necesidades energéticas, no sólo del mundo occidental, sino, particularmente, las de los propios Estados Unidos, con dependencia creciente de ese petróleo<sup>9</sup>. En seguida envió al secretario de Estado, Cyrus Vance, a visitar a todos los jefes de Estado de Oriente Medio, directamente implicados en la confrontación más el de Arabia Saudita, para adquirir información, y a renglón seguido, él, personalmente, se entrevistó con esos mismos jefes de Estado (en el caso de Arabia Saudita, con el príncipe heredero y vicepresidente del Consejo de Ministros, emir Fahed, por el delicado estado de salud del rey, quien poco después sufría una importante operación). Por parte árabe, los jefes de Estado de los países citados tuvieron entrevistas entre sí, y asimismo el Consejo Nacional Palestino—especie de Parlamento en exilio—celebró una reunión, que hacía tres años no se celebraba, y cuyas conclusiones reseñé en esta revista<sup>10</sup>.

Todos los jefes de Estado árabes y el jefe de Gobierno israelí acudieron a Washington, excepto el presidente de Siria, que se encontró con Carter en Ginebra, volviendo el primero de entrevistarse con los jefes soviéticos en Moscú, y el segundo, con los jefes de Estado occidentales más industrializados en Londres. El primer encuentro fue con el jefe de Gobierno israelí, Isaac Rabin, y en él ya hubo por parte de Carter un lanzamiento de sonda a todos los interesados. Dijo que Israel debía quedar con fronteras defendibles. No puso el acento en las seguras y reconocidas que señala la resolución 242, sino defendi-

<sup>9</sup> F. FRADE: *La andadura del rey Jaled*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 150, Madrid, marzo-abril, 1977.

<sup>10</sup> *Resoluciones del Consejo Nacional Palestino en su decimotercera sesión y Comentarios a la decimotercera sesión del Consejo Nacional Palestino*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, número 150.

bles, lo cual era una forma de decir que propugnaba se devolvieran la totalidad de los territorios conquistados. Esto provocó la reacción de los árabes, que, por boca de Sadat, dijeron que se negaban a todo lo que no fueran devolución de todos los territorios ocupados en 1967. Ya Anuar as Sadat, después de la cumbre de Riad para arreglar el conflicto del Líbano, dijo en una entrevista de prensa que los israelíes debían efectuar una retirada completa de todo territorio árabe ocupado, y entonces establecerse un Estado palestino en la ribera occidental del Jordán y en la franja de Gaza. Dijo también que permitiría la libre navegación por el golfo de Akaba y que estaba dispuesto a aceptar una fuerza de las Naciones Unidas a lo largo de toda la frontera. Al final dijo textualmente: «Sin los palestinos no puede haber ninguna clase de paz. El problema no es Sinaí o el Golán.. Son los palestinos. Sé que con este pretexto los palestinos intentan no acudir a Ginebra. Ustedes tienen que hacer entrar en razón a los israelíes. La gran cuestión es la paz. Yo predigo que serán invitados finalmente a Ginebra y que finalmente aceptarán. Pero es importante algo que sus líderes moderados puedan vender a su pueblo como es un Estado ribera occidental-Gaza»<sup>11</sup>.

Inmediatamente de la declaración de Carter, tras su entrevista con Rabin, también la URSS aprovechó la ocasión para identificarse con las reivindicaciones árabes, y *Pravda* expresó en un comentario, publicado el 12 de marzo, su decepción por el entusiasmo de Carter al precisar el término *fronteras defendibles*, y más aún por el rechazo de Rabin a que la OLP participara en la conferencia. Carter fue cuando aclaró entonces que el término quería decir ajustes menores en las fronteras, lo que, a su vez, provocó la reacción de Rabin, difícil ganador en las elecciones celebradas poco antes y en difícil situación en su país. También provocó decepción, y mayor aún, en los círculos conservadores israelíes, particularmente en el partido *Likud*, dirigido por Menahem Begin, la continua alusión de Carter a la necesidad de que los palestinos posean una patria.

El Consejo Nacional Palestino, aunque —como vimos en el comentario a la decimotercera sesión, publicado en el número pasado de esta revista— abría un portillo a la negociación, por estar dispuesto a establecerse en cualquier parcela rescatada de su territorio, no dijo nada que contradijera lo determinado en la carta de la OLP del establecimiento de un Estado laico y democrático en todo el territorio de Palestina, puesto que, aunque no repetía la afirmación, proclamaba su adhesión a la carta. Entonces, para los israelíes, el miniestado

<sup>11</sup> SADAT: «New Overtures for the peace», *Time*, 29 de noviembre de 1976, p. 18.

no es más que el primer paso para el desmantelamiento del Estado judío, y en todas las afirmaciones de sus líderes han proclamado que no aceptarán ningún Estado independiente palestino a su lado ni la aceptación en ninguna conferencia de una delegación palestina independiente. ¿Quién cederá? Ellos sólo negociarán con quienes estén dispuestos a reconocer su existencia como Estado. Por eso me inclino a creer que la Conferencia se celebrará con la asistencia de Egipto, Siria y Jordania y los palestinos incluidos en la delegación de la última o en una delegación conjunta árabe. Los Estados Unidos tienen a su cargo la labor de convencer a los israelíes que cedan el máximo posible para que la conferencia se lleve a término; los países árabes citados, a los palestinos, y los países productores petrolíferos moderados, a los anteriores, incluidos los Estados Unidos.

Aunque el presidente Carter ha afirmado que los Estados Unidos no podían aparecer, y ni siquiera intentar aparecer, con un plan específico de arreglo del problema de Oriente Medio, pues su misión es sólo facilitar el proceso, en una conferencia de prensa, celebrada a primeros de marzo de este año, declaró, de un modo totalmente inesperado, unas directrices para dicha resolución que, aunque un tanto vagas y ambiguas, servían por lo menos para ver las reacciones de los interesados. En síntesis, eran:

- Devolución por Israel de casi toda la extensión de territorio ocupado en 1967, permitiéndole ocupar, durante un período de transición que podía alcanzar hasta los diez años o más, posiciones defensivas tras fronteras seguras y reconocidas, para lo que se harían los ajustes menores en las zonas fronterizas en que fuera necesario <sup>12</sup>.

Esas zonas fronterizas podrían suponer el empleo de fuerzas extranjeras mantenedoras de la paz con equipo de vigilancia y alerta electrónicos en una zona de amortiguamiento.

De todas estas posiciones hemos podido ver que la más avanzada ha sido la del presidente egipcio, Anwar as Sadat, que, apoyado por el Gobierno saudita, ha atraído a su punto de vista al presidente Hafed al Asad, y podemos adivinar que también a los moderados palestinos, conducidos por Iaser Arafat. La intransigencia se centra en el llamado Frente de Rechazo, apoyado por países fuera del frente de la confrontación, es decir, Libia e Irak, que, ciertamente, lo hacen por motivos patrióticos árabes, y sobre todo por su oponente, el Es-

<sup>12</sup> «A Carter Plan», *Newsweek*, 21 de marzo de 1977, p. 18.

tado israelí. La Unión Soviética exige la total devolución; los Estados Unidos, la devolución con algunas rectificaciones por motivos de seguridad de Israel; pero los dos apoyan la continuación del Estado judío. En estas condiciones se impone la negociación o un Estado de ni guerra ni paz, siempre presto a estallar en cuanto alguno de los adversarios considere que es un momento favorable y que es una ruina para los países situados en la línea de la confrontación.

El balance de los diez años, después del gran tropiezo árabe, lo más importante que veo yo es que la esperanza de Dayan de que la tercera generación israelí ampliara los territorios adquiridos o al menos hubiera consolidado éstos ha sido frustrada. La inmigración que se esperaba fortaleciera la todavía débil población israelí y su bajo índice de natalidad, en relación con sus vecinos, no sólo ha disminuido enormemente, sino que hay muchos que se van a otras naciones, en lugar de ir a la Tierra Prometida, y muchos que quieren salir de ésta. Su situación económica está muy deteriorada, y, con la recesión mundial en este aspecto, es una carga cada vez mayor para sus protectores y amigos. Estos, además, cada vez son menos, en especial en Africa Negra, donde antes tenía muchos entre aquellos a los que prestaba asistencia técnica y recibían ayuda de los Estados Unidos. Pero ahora el dinero lo dan los árabes. Hay una gran campaña entre los Estados con población musulmana, promovida principalmente por Arabia Saudita, y ellos tienen estrechas relaciones con la Unión Sudafricana. Los asiáticos nunca han sido muy favorables a ellos, en general y respecto a Europa Occidental y Sudamérica, aunque todavía cuenta con grandes amigos, en especial entre los que tienen importantes y poderosas colonias judías; han moderado mucho su apoyo, a causa de su angustiosa necesidad del petróleo árabe. También los Estados Unidos dependen cada vez más de éste, y la declaración de Carter diciendo que hay que dar un territorio a los palestinos para que instalen su patria, ningún predecesor suyo no osó ni apuntar. Los árabes, por el contrario, se han enriquecido, se desarrollan cultural y técnicamente a marchas forzadas, aumenta su población y sólo les quedan algunas rivalidades, fomentadas por las grandes potencias y por los israelíes, por supuesto, pero también en este aspecto de la unión han avanzado, y si estallara una guerra, volvería a pasar lo que en 1973, que todos se unirían y participarían en ella con más intensidad aún que lo hicieron en la citada. Yo creo que, objetivamente hablando, los árabes han experimentado un gran avance desde la desgraciada fecha que conmemoramos, y que para todos es urgente un arreglo del problema, en especial para los países árabes de la



línea de confrontación y para los países industrializados de Occidente, incluidos los Estados Unidos.

Después de las elecciones generales israelíes, que han traído la victoria del partido *Likud*, asociado a los tristes recuerdos del jefe de la antigua organización terrorista *Irgun Zwei Leumi*, Menahem Beguin, y símbolo en la actualidad de la intransigencia más rígida, las cosas se ponen peor para Israel, pues el cerco de hostilidad tenderá a crecer en todo el mundo, salvo que suavice su intransigencia y sus primeras declaraciones—de no devolver los territorios ocupados en 1967 y continuar con el establecimiento de nuevos asentamientos en ellos—sea para conseguir una posición más fuerte con vistas a la futura negociación. Sin embargo, los árabes partidarios de la negociación creo yo que no deben rasgarse las vestiduras por este acontecimiento, que parece poner las cosas más difíciles. Con una situación económica catastrófica, con una inmigración en regresión, y dependiendo más que nunca de su gran protector, los Estados Unidos<sup>13</sup>, a su vez abocados éstos a una crisis si los países productores de petróleo no responden a sus demandas, Beguin, si logra formar Gobierno, no encontrará en el exterior el eco que tuvo en tiempos pasados, cuando el holocausto, tan exhibido por los medios de información, estaba reciente. Me imagino que Carter, que ya tuvo que ceder a la presión del *lobby* judío en el Congreso, proclamando su relación especial con Israel y la garantía de entrega de toda clase de armas, no se va a volver atrás en su comprensión de la necesidad para los palestinos de una patria donde instalar un hogar, exactamente igual que los judíos lo reclamaron en el pasado, sólo que con más derecho a él los palestinos.

Terminado el conflicto de Indochina quedan, como más punzantes para los Estados Unidos, los del cono sur de Africa—Rhodesia y Unión Sudafricana—y el de Israel que, con la disminución de las armas estratégicas y en general toda clase de armamento que tan caro cuesta, son las cuestiones que Carter quiere llevar a una solución, de acuerdo con su gran rival soviético. Como dice Ball:

«El tiempo está maduro para que los Estados Unidos empleen mano dura para salvar a Israel de sí misma y en el proceso traten de evitar una guerra trágica que pueda poner en peligro las economías de las principales potencias no comunistas, separe a los Estados Unidos de

<sup>13</sup> Israel gasta el 36 por 100 de su presupuesto en defensa, su inflación crece a un ritmo del mismo porcentaje anual y recibe una ayuda de Estados Unidos equivalente a 40.000 pesetas al mes por habitante.

FERNANDO FRADE

sus aliados, precipite un tremendo debate interno y plantee un serio peligro de confrontación con la Unión Soviética.

Para llevar a cabo tal iniciativa, el presidente Carter debe estar preparado a aceptar una formidable oposición política y actuar con la misma incisiva resolución que el presidente Eisenhower desplegó en 1957.»<sup>14</sup>

Y más adelante, criticando la presión de los congresistas judíos o pro judíos para neutralizar todos los esfuerzos del presidente o secretario de estado anteriores, en favor de acuerdos que repercutían mínimamente en contra de Israel, como el interino del Sinaí con Egipto o el del reconocimiento por las Naciones Unidas de la OLP permitiéndole el estatus de observador, añade:

«Hoy las cosas se han agudizado de un modo dramático y todo auspicia una drástica iniciativa, una conjunción que enfrenta al presidente con una agria prueba de coraje político y decisión. Si América permite a Israel que continúe rechazando inflexiblemente cualquier sugerencia de un retorno a las anteriores fronteras y la creación de un estado palestino y que rehúse también negociar sobre Jerusalén, estaremos consintiendo una política peligrosa, no sólo para Israel sino para América y para el resto del mundo.

Esta no sería una conducta responsable para una gran potencia.»<sup>15</sup>

FERNANDO FRADE

<sup>14</sup> GEORGE W. BALL: *How to save Israel in spite of herself*, Foreign Affairs, vol. 55, núm. 3, abril 1977, p. 471.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 471.